



PERIODICO ILUSTRADO PARA LOS NIÑOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

N.º 27.	PRECIOS DE SUSCRICION.	DIRECTOR Y PROPIETARIO:	PUNTOS DE SUSCRICION.
	<p>En Valencia: 6 rs. trimestre.— Fuera de Valencia: 8 rs. idem. En Ultramar y el extranjero: 80 reales por año.</p> <p>REDACCION Y ADMINISTRACION. Calle de San Cristóbal, 8, entre- suelo.</p>	<p>DON ROBERTO IRANZO PALAVICINO.</p> <p>Valencia 30 de Enero de 1872.</p>	<p>Año II.</p> <p>En la Administracion del periódico; en la imprenta de Ayoldi, Caballeros, 7; en la librería de Badal, plaza de la Constitucion, núm. 4; en la de Aguilar, calle de Caballeros, número 1, y en la de Mariana y Sanz, Hierros de la Lonja, núm. 7.</p>

SUMARIO.

La cruz de oro, continuacion, (con grabado), por D. Juan B. Pastor y Aicart.—La víctima-verdugo, fábula, por D. Cayetano Fernandez.—La caridad de un niño, historieta, continuacion, (con grabado), por D. Eduardo Thuillier.—En los Alpes, leyendita, por D. Leandro Torromé y Ros.—El sueño de la inocencia, poesia, por D. Rafael Aparici y Puig.—La visita del señor Litin, (con grabado), por D. Roberto Iranzo Palavicino.—El físico y el rayo, fábula, por D. Constantino Llombart.—Variedades.

LA CRUZ DE ORO.

(CONTINUACION.)

Dos años hacía que los proscritos se habian avicinado en el pueblecillo, cuando nació Arturo. Su bautizo fué una fiesta para el lugarejo;

los pobres de los contornos vieron aquel dia saciada su hambre, además de la limosna que individualmente les repartió el Marqués.

Su caridad fué desde entonces objeto de las conversaciones de amigos y estraños. Todos adoraban al Marqués, todos veian en él, un ángel tutelar de aquella aldea que dormitaba en la paz y la ventura, bajo su cielo siempre azul y despejado.

¡Desgraciado el que hubiera inferido la mas leve ofensa al señor Marqués!

Creció Arturo, y su corazon compasivo y dulce, aumentó la simpatía con que honraban á su padre los sencillos lugareños.

Su natural dulce y apacible, le conquistó la amistad y el respeto de los jóvenes de la aldea; su modestia y bondad de corazon, le valieron

mas de una vez los plácemes mas afectuosos de los ancianos del Salse.

A la muerte de su padre, cuyas tumbas se cerraron en el intervalo de dos meses, todo el pueblo lloró sobre ellas con el huérfano, toda la aldea vistió luto por su protector y su padre.

Desde aquel día, Arturo fué el consuelo de todos los desgraciados de la comarca, y el paño de lágrimas de los tristes; para la caridad no habia muerto el Marqués, su hijo habia heredado con inmensos bienes de fortuna, el noble corazon y los cristianos sentimientos de su padre.

Cuatro años despues, es cuando ponemos en escena al joven Arturo, ejerciendo un acto de caridad.

La huérfana Angela, habia hallado un protector en el joven Marqués; el pobre huérfano á quien Angela habia dado parte de su hogar, hizo nacer de nuevo mas poderosa en el corazon de Arturo la flor de la caridad, flor cuyos perfumes toman su esencia en los cielos, para que el mundo engarze su existencia con la del mas allá, mediante una nube de olóres.

VIII.

Meditando profundamente se hallaba Arturo como hemos dicho, cuando dos golpes dados suavemente en la puerta del gabinete, le arrancaron de su abstraccion.

—Pasad adelante, exclamó Arturo volviendo sus ojos hacia la puerta.

Esta se abrió pausadamente, y la tia Magdalena penetró en la estancia, llevando el papel que ya conocemos en su mano.

—Perdonadme señorito, os haya interrumpido, exclamó la anciana deteniéndose respetuosamente, quizá os moleste....

—Desde cuando, repuso sonriendo y levantándose Arturo, ¿teme la señora Magdalena presentarse delante de su hijo?

—¡Oh! gracias, hijo mio, dijo la tia Magdalena secando sus ojos que se habian llenado de lágrimas.

La anciana tenía la costumbre de llamar hijo suyo al joven Arturo.

Habia sido su segunda madre, y el cariño con su invisible lazo, ataba aun su corazon con el de Arturo.

—Sentaos. ¿Qué quereis?

—¿Sabeis quién ha escrito este papel? preguntó tímidamente la anciana, bajando sus ojos y presentando el manuscrito á Arturo, ¿sabeis quién le ha escrito, hijo mio?

—Sí, repuso Arturo acentuando esta palabra y sonriendo; ¿habia de desconocer tan pronto mi letra?

—¿Luego lo habeis escrito vos?

—Sí señora; ¿para qué ocultároslo? Temí por el desamparo de Angela; la ví pobre, sola y triste; el recuerdo de mi padre llamó á mi corazon, y la caridad me inspiró el mas noble sentimiento. Nunca juzgué seria noble despreciando la pobreza; jamás creí y sigo creyendo que pueda existir antipatía entre mis títulos y los harapos de la miseria. Júzgueme el mundo como quiera; la conciencia me dice que he obrado bien, y el juez de mis acciones y mis sentimientos ha sido siempre ella.

—¡Cómo llenais mi alma de alegría al hablar así, querido Arturo!

—Pero no lloreis....

—¡Oh! lloro de gozo; mi corazon no puede expresarse con palabras su gratitud y la espresa con lágrimas.

—Pues bien, repuso Arturo, necesito guardéis este secreto, que solo sabe el señor alcalde. Quizá dentro de poco tiempo pueda descubrirse; ahora me importa sobre manera que nadie pueda sospecharlo.

—Nadie lo sabrá....

—Así lo espero. No creais temo nada por la huérfana ni el huérfano; la Cruz de oro que llevan pendiente de sus cuellos, es su escudo; la Cruz de oro le salva.

—Pero esa Cruz....

—¿Quereis saber su origen? Escuchadme. Ha muchos años mis queridos padres fiaron á la Providencia su destino y su porvenir. La revolucion, con la piqueta en una mano y la tea en la otra, habia invadido su patria, señalando sus huellas con lágrimas y sangre. La nobleza era el objetivo de aquella hez de las sociedades, que soñaba nivelar con el terror los corazones, las conciencias, el poder y la virtud. Un anciano sacerdote que sirvió á la revolucion de víctima, entregó á mi padre dos cruces de oro, únicos objetos que guardaba con veneracion, para que les sirviesen de escudo y amuleto en tan críticas circunstancias. Mis padres oyeron el fragor del viento revolucionario con zozobra, á la par que con esperanza, y se contemplaron fuertes con aquellas cruces, que parecian cinceladas en el cielo. Desde entonces la Cruz de oro fué su salvaguardia; nada temieron con ella y nada deben temer Angela ni el huérfano, mientras las lleven pendientes de sus cuellos.

—Pero decidme, Arturo, repuso cariñosamente la tia Magdalena; no podré indicar á la huérfana....

—Nada; cuando llegue el tiempo oportuno, yo os lo diré.

—Adios, pues, y Dios te ilumine, hijo mio, exclamó la anciana levantándose y besando la mano de Arturo.

—Adios, madre, replicó el joven, acompañándola afectuosamente hasta la puerta del gabinete.

Cortos momentos despues, Arturo, recostado sobre el antepecho de la ventana de su saloncito de estudio, dejaba divagar sus miradas por el cuadro que le ofrecia el valle.

El sol, fijo en el cenit como una perla de fuego; el azul, puro y despejado como los ojos de los ángeles de blonda cabellera; el río murmurando á través de juncos y cañaverales, y los sencillos labriegos briendo con la reja brilladora la tierra, ofrecian á las miradas de Arturo, todo poesía, largo manantial de sensaciones inocentes.

Un vienteillo fresco jugueteaba con los negros rizos de sus cabellos, secando algunas lágrimas que se deslizaban silenciosas por sus mejillas.

Arturo recordaba la visita de la pobre anciana, que era su segunda madre, y lloraba de gozo, como lloran los buenos.

Angela tenia en el corazón de Arturo un altar; su desamparo no habia llamado en vano al corazón del joven.

¡Ah! ¡Qué nobleza de sentimientos! ¡qué amor al prógimo!

(Se continuará.)

Juan B. Pastor Aicart.

LA VICTIMA.—VERDUGO.

FABULA.

Est qui... quasi gladio pungitur
conscientia.
(Prov., cap. XII, vers. 18.) (1)

Un severo Monarca (2)
Hubo en lo antiguo
Que tal condena puso
Al asesino:
¡Llevar acuestas
El horrendo cadáver
La vida entera!
Con sistema tan raro
El buen difunto,
De víctima pasaba
A ser verdugo.
Con la conciencia
¿No sucede lo mismo
Cuando se peca?

Cayetano Fernandez.

(1) La conciencia es primero víctima por el pecado, y despues verdugo por los remordimientos.

(2) Rey de Macedonia.

LA CARIDAD DE UN NIÑO.

HISTORIETA.

(Continuacion.)

IV.

¡Qué contento iba Guillermito al volver á su casa despues de haber visitado al niño su protegido y á su pobre madre!

¿Cómo no, si veia conseguido su deseo desde luego que habia logrado interesar á su buena mamá?

No obstante, el buen niño no habia meditado detenidamente en la posibilidad de conseguir su propósito; pero esto no era importante desde luego que esperaba, y en parte habia ya conseguido la cooperacion de sus padres.

Al día siguiente fué su primer cuidado ir á besar á su buena mamá, y despues empezó á hablar con ella de los pobrecitos sus protegidos.

—Mire V, mamá, decia el niño, es menester pensar lo que hemos de hacer; ya vé V. que hoy vendrán segun les digimos anoche.

¿Qué le parece á V.?

—A mí, repuso Doña María, ¿pues no eres tú su protector?

—Sí; pero desde ahora lo somos V. y yo, porque estoy seguro que V. tambien querrá protegerlos.

—No te engañas, hijo mio; pero antes de hacer nada quiero por mi parte saber tu deseo, para que si es posible quede realizado.

—Pues bien, mamá, voy á decir á V. lo que quiero. Usted puede tener en casa á la madre y darla una habitacion en que pueda vivir con su hijo; servirá de criada y le dará el salario que acostumbra V.; el niño vivirá con su mamá, pero solo estará aquí una pequeña parte del día, pues yo voy á hablar á mi profesor para que lo admita en el colegio á que concurre, y creo que lo conseguiré, porque D. Lucas me quiere mucho, y en cuanto yo le cuente el caso estoy seguro que asentirá á mi deseo. De este modo el pobre Antoñito recibirá educacion, y cuando esté instruido podremos él y yo llevar la contabilidad de papá, que no tendrá entonces necesidad de mas dependientes para sus operaciones comerciales. Queda un punto, pues el salario que V. dé á la madre no será suficiente para que pueda vestirse ella y su hijo, y para que éste pueda adquirir los libros necesarios para sus estudios; pero esto está vencido; mis ahorros y lo que papá y V. me den ayudarán á esto, juntamente con la ropa vieja fuera de mi uso y alguna de V. que dé para la madre. De este modo todo queda arreglado, y mis pobres protegidos podrán tener una vida algo mejor que antes, abriéndose á la vez un porvenir risueño para Antoñito.

¿Qué dice V. á esto?

—Que es bueno tu pensamiento y que obtendrás lo que desees; sí, traeremos á casa á esos infelices y procuraremos labrar la suerte del pobrecito niño.

—¡Ah, mamá! ¡cuán contentos se van á poner los dos desgraciados cuando sepan que el hambre ha terminado para ellos, porque ya no pasarán fatigas! ¿no es verdad, mamá?

—Sí, hijo del alma, ya no pasarán hambre; ya tendrán techo que les resguarde de la intemperie; lecho que les dé abrigo y en que puedan encontrar descanso; pero queda una cosa y es el consentimiento de papá. ¿Cómo obtendremos éste?

—Yo me encargo de esto, dijo Guillermito, seguro de que papá me dará gusto.

¡Qué alegría cuando venga el niño y sepa que ya no volverá mas á la cueva del montecillo!

—Sí, seguramente, alegría de que tú debes participar, ya que eres el que ha querido protegerlo; porque á tí te será deudor del bienestar de que pueda gozar y de lo que pueda ser en adelante. Dios premie en tí tus buenos sentimientos y conserve en tu alma el germen de la caridad: las bendiciones de esos desgraciados, que de hoy mas

participarán de otra suerte y verán terminadas las penalidades y privaciones que han sufrido, velarán por tí como ángel de tu guarda: sí, seguramente, hijo mío, tenemos una guarda fiel en las bendiciones de aquellos seres á quienes hemos hecho bien, y una corona de gloria en la que brillan perlas luminosas, esos mismos beneficios; beneficios y acciones que forman en la vida del hombre, el mas bello timbre de su nobleza. No creas que hay mas gerarquías respecto al premio eterno de la Gloria, que las que dan al hombre las obras que ejecuta; y dichoso, dichoso mil veces aquel que ocupa el primer rango por el mérito de sus obras, por la grandeza de sus virtudes, por el número de beneficios que ha prodigado á la humanidad. Vé á tu padre y manifiéstale tus propósitos; él, que es bueno, asentirá desde luego á tus deseos.

Así lo hizo el niño; y tal era su contento, tal su entusiasmo, que ni siquiera pensaba en que su papá pudiera negarle la concesion que deseaba,

Guillermo se dirigió al escritorio de su papá; pero

y mucho mas si la iniciativa de esa accion parte de tí.

—¿De modo que podré contar con el apoyo de V.?

—Desde luego: yo te aseguro mi asentimiento.

—Pues bien, papá mío, yo le pido hoy esa proteccion para el niño de la cueva, para la pobre muger á quien dió V. dos pesetas anteayer tarde en en el campo.

Y Guillermito contó á su buen padre todo lo que habia acontecido desde aquella tarde, y cómo aquellos dos desgraciados vendrian á saber aquel mismo dia lo que debian esperar, sin olvidar su propósito de hablar á su profesor para la educacion de Antoñito. Todo se lo contó sin olvidar palabra; y cuando terminaba, su buena mamá, la bondadosa Doña María, entró á secundar la peticion del niño, uniendo á su súplica la suya para con su esposo.

¿Qué podia hacer éste ante aquellos dos seres queridos de su corazon, que le suplicaban una cosa que estaba en sus sentimientos conceder?

Asentir, darles plena libertad de accion para que hiciesen cuanto les surgiera su buen corazon.



—¿Luego lo habeis escrito vos?

era temprano y no estaba aun en él: fué por esto corriendo á buscarle á sus habitaciones, donde efectivamente le encontró. El buen niño se colgó al cuello de su padre, y despues de besarle, le dijo:

—«Dígame V., papaito, ¿qué me diria V. si yo le pidiese me ayudara á llevar á cabo una obra de misericordia?»

—Te ayudaria en cuanto pudiera, hijo mío.

—¿Sí?

—Seguramente.

—¿Y si esta obra implicaba el bienestar de dos pobrecitos, de una madre y un hijo, niño que podia ser algo algun dia si se le socorria y daba proteccion?

—Protegeria á la madre y al niño para que este pudiese obtener un puesto en la sociedad.

—¿No me engaña V., papá?

—No, hijo, yo siempre estaré dispuesto á hacer el bien,

Hé aquí, pues, cómo el niño habia conseguido su deseo; hé aquí cómo la mas completa victoria habia sido el resultado de sus afanes, de su gran sentimiento, de su noble alma.

Habia obtenido el éxito mas completo; su deseo estaba en vias de realizarse, y esto ocasionaba tal alegría en su alma, que el niño no habia sentido tan gran placer en su vida.

¡El niño no tendrá hambre; el frio no helaria sus miembros, y el sufrimiento no acabaria con la vida de la pobre madre!

¡Cuánta satisfaccion causaban estos pensamientos en el corazon de Guillermito! Porque el bien es el sustento de nuestras almas, y la conciencia humana marca en nosotros con su criterio inflexible el estado de tranquilidad ó alegría, de satisfaccion ó arrepentimiento en que nos encontramos; resultado preciso, inevitable de nues-

tras acciones. ¡Ojalá que todos comprendiesen el bien; ojalá que todos vosotros, pequeños lectores de *El Juguete*, que leéis estas líneas, practiqueis siempre, guiados de una misma idea, embebidos en un solo pensamiento, el de la caridad; practiqueis, digo, los deberes de protección y beneficio que tenemos hacia nuestros semejantes!

¡Ah, si todos los hombres obrasen así, cuál otra sería la faz del universo, cuán diferente de lo que es en la actualidad sería el estado de la sociedad!

Pero volvamos á nuestro Guillermito.

Al obtener el apetecido permiso, se abrazó á su papá, y mil besos dió en pago. En aquel momento aquellas tres personas, trinidad que representaba la sublime idea de la caridad, ofrecían el mas bello cuadro que pintor alguno pudiera presentarnos. Sí, porque ¿quién sería capaz de expresar en el lienzo la satisfacción de aquellos padres que veían en su hijo tan bellos sentimientos, de aquel hijo que comprendía en sus padres la personificación del bien?

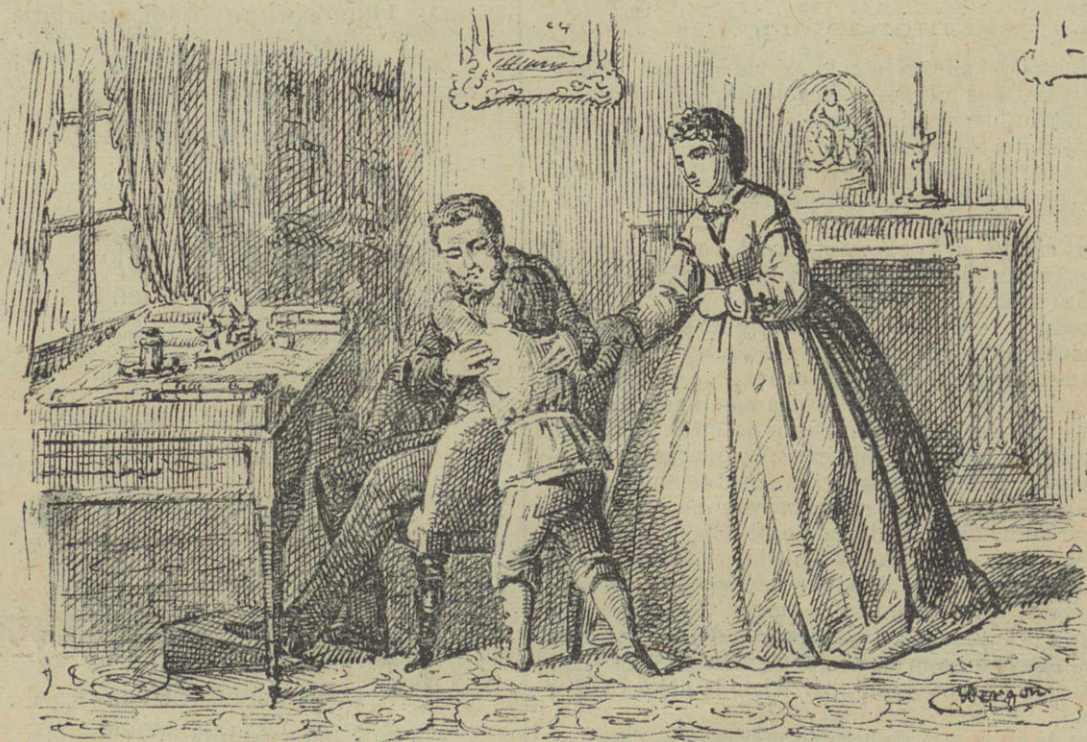
Os lo diré: sí; solo puede comprender esta satisfacción aquel que sabe practicar la sublime máxima de Je-

aquellas montañas revestidas de un blanquísimo sudario.

Los Alpes son una gran cordillera de montes de Europa situada entre Francia, Italia y Alemania; sus altas cúspides parecen rozar con el cielo y esconderse temerosas entre las nubes. Las cimas mas elevadas están en los Alpes Peninos que corren de Oeste á Este, desde la garganta del Bonhomme hasta el Monte Rosa donde se halla el gran San Bernardo.

Sin embargo, en los Alpes Griegos está el Monte Blanco que tiene 16,782 pies de elevación y otros muchos de considerable altura.

Los Alpes están cubiertos de nieves perpétuas que ofrecen grandes peligros á los viajeros que los atraviesan; grandes peñascos oscilan á menudo próximos á derribarse por el enorme peso de nieve que sobre ellos gravita, y basta el mas ligero soplo para hacerlos caer de sus inseguros pedestales; los viajeros toman mil precauciones para evitar estos peligros, privándose hasta de hablar por temor de agitar en lo mas mínimo las capas atmosféricas y precipitar sobre ellos todo el peso de una montaña de hielo.



Al obtener el apetecido permiso, se abrazó á su papá,

sucrismo, que habreis visto casi al principio de estas páginas: *amaos los unos á los otros.*

(Se concluirá.)

Eduardo Thuillier.

EN LOS ALPES.

LEYENDITA.

I.

Las montañas.

¿Habeis estado alguna vez en los Alpes?

Mis pequeños lectores cuentan todavía muy pocos años de existencia, y regularmente no habrán podido admirar aun el sorprendente espectáculo que presentan

Figuráos una de esas tardes de invierno en que el cielo está encapotado y la naturaleza sombría. En una de las altas montañas de que hemos hablado se veían dos personas deslizándose pausadamente sobre el resbaladizo suelo de aquellos montes; la mas alta de las dos era un viejo soldado cuyo capote demostraba que llevaba ya muchos años de continuo servicio; las guedejas que asomaba bajo su gorra igualaban en blancura á la nieve que hollaba con trabajo; su cuerpo estaba encorvado por el peso de los años, y en su mano derecha llevaba un fuerte palo que le servía para saltar los precipicios que á cada momento se abrían bajo sus plantas.

La otra persona era una jóven, una niña que apenas contaba doce años; sus ojos, negros como las trenzas de su cabellera, despedían un brillo amortiguado por el frío; sus miembros temblaban y el cansancio la hacía respirar con dificultad.

—¡Animo, hija mia! decía el viejo soldado con decaído acento. ¡Allí está nuestra patria, allí están nuestros

amigos! allí un sol benéfico nos dará abrigo y un cristalino arroyo calmará nuestra sed.

Y la niña tomaba aliento y volvía á saltar sobre las heladas rocas precedida del anciano.

Ya llevaban tres horas de esta penosa marcha y aun les faltaba largo trecho para llegar al pueblo mas próximo; el cielo empezaba á ocultar su luz tras las altas montañas que se estendian por el Oeste.

El soldado desmayaba de debilidad, la niña no podia dar un paso, y la noche se acercaba, y con ella, nuevos peligros, nuevas desgracias les amenazaban á los infelices viajeros: á lo lejos se oía el ahullido de los lobos, y el viento arrojaba hacia los caminantes infinidad de pequeños y endurecidos copos de nieve, que cual agudas saetas herian sus caras y manos.

—¡Dios mio! Dios mio! ten piedad de mí! ten piedad de esta pobre niña á quien quiero como una hija! gritaba el pobre soldado con los ojos llenos de lágrimas.

Por fin cayeron llenos de fatiga sobre la nieve. Agrupáronse bajo una pequeña cueva que formaban las sinuosidades de la montaña, y allí se resignaron á pasar la noche, si la muerte no les sorprendía en ella.

II.

El monasterio.

Ya principia la aurora á colorar las blancas montañas. Ya cesan los ahullidos de los lobos, y el viento no sopla con tanta fuerza. Sin embargo, la cueva en que están los viajeros está tranquila y sosegada; el silencio de la muerte parece extenderse por todas partes, y únicamente se percibe la fatigosa respiración de dos personas.

Efectivamente, en la cueva yacian dos cuerpos inertes y cubiertos de nieve que parecían ir á exhalar el último suspiro á cada instante.

De pronto se oye un ligero ruido, y un enorme perro de Terranova apareció en la próxima meseta. Lanzóse inmediatamente al fondo de la cueva, prestando calor con su aliento á los dos infortunados caminantes, y lamiéndoles el pulso y las sienes con pasmosa solicitud. Luego volvió á la meseta y dejó escuchar un fuerte ladrido, que parecía una voz de socorro. Entró de nuevo en la cueva á prodigar otra vez sus cuidados y muy en breve se vió llegar un hombre, al llamamiento del perro sin duda y tras él otro y otros. Todos llevaban hábitos talarés y luengas barbas, lo que daba á entender que eran religiosos profesos de la órden de S. Agustín. Cogieron á los viajeros en sus brazos y así comenzaron á marchar por la nieve, sin que ninguno de los dos diera señales de vida; detrás iba el inteligente perro, barriendo la nieve con su larga cola.

Después de un cuarto de hora de marcha, se detuvieron ante un edificio cuyas puertas se abrieron al instante, internándose en él los monjes con su preciosa carga. Era un convento.

Tal vez os estrañe que en aquellos desiertos parajes hubiera un monasterio, pero sin embargo conoceis que en aquel momento prestaba un gran servicio á la humanidad.

Aquel convento, situado en la cima del grande San Bernardo, no tenia otro objeto que el de amparar á los desfallecidos viajeros bajo su techo, y darles la vida que el frío podia arrebatár. Su fundador fué S. Bernardo de Menthon, archidiácono de Aoste, que empleó su larga vida en socorrer á la humanidad, y en secar las lágrimas de los desgraciados. Además de este monasterio habia otro sobre la cima del Monte Blanco, que se llama el pequeño S. Bernardo; fué fundado como el anterior en el año novecientos ochenta y dos.

Vueltos en sí el anciano y la niña de su desmayo, merced á los cuidados que los religiosos les prodigaban, estrañaron encontrarse en aquel paraje, aunque bien pronto hallaron la esplicación de lo sucedido por boca de sus enfermeros.

(Se concluirá.)

Leandro Torromé y Ros.

EL SUEÑO DE LA INOCENCIA.

Duerme, niña inocente,
Duerme y no temas,
Que el ángel de la guarda
Junto á tí vela.
Todas las niñas,
Que son cual tú inocentes,
Duermen tranquilas.
Tu madre que te adora,
Tu madre amante,
Tambien guarda tu sueño
Con ansia grande:
Duerme y no temas,
Que está muy bien guardada
Tu cabecera.
Feliz tú, en cuya frente
Brillar se mira,
De la inocencia el sello,
Niña bonita;
Que es el escudo
Que del mal te defiende
Cual fuerte muro:
Tu inocencia no pierdas
Que es don precioso,
Guárdala muchos años
Como un tesoro:
¡Ay, niña bella,
Desgraciada aquel día
Que la perdieras!
El ángel que anhelante
Tu sueño guarda,
Sus alas estendiendo
Te abandonara.
Niña bonita,
Conserva tu inocencia;
Duerme tranquila.
Duerme, niña inocente,
Duerme y no temas,
Que el ángel de tu guarda
Tu sueño vela.
Junto á tu lecho
Tambien tu madre amante
Vela tu sueño.

Rafael Aparici y Puig.

LA VISITA DEL SEÑOR LITIN.

CUENTO.

Lo recuerdo perfectamente; era por Navidad, y hacia un frío bastante intenso, pero que no impedía que dos niñas, la linda Margarita y la vivaracha Elisa, acompañadas de Juanito, destrozasen, sí, lectorcitos, unos preciosos juguetes que acababan de regalarles sus papás. ¡Destrozar, hacer pedazos un juguete! ¿Verdad, queridos niños, que es una falta imperdonable en la que vosotros jamás incurrís, pues demuestra una mala intención? Pues operación tan poco meritoria estaban ejecutando los niños de que os hablo.

Como os digo, ellos continuaban su destructora obra conversando acerca de si serían ó no bonitos otros juguetes que esperaban de sus tios, al par que inquirían en el interior de aquellas figuras de madera ó cartón, cuál era el resorte que las daba movimiento, haciendo caso omiso ni oír á un caballerito, de tres palmos de altura poco mas ó menos, que sentado sobre una silla de brazos con antepecho de cajón, vociferaba en su jerga, lanzando desentonados gritos, y sin lograr que á él se acercasen los niños.

El caballerito de que me ocupo es un personaje, sí, un personaje en toda la estension de la palabra, de mo-fletudo y sonrosado rostro, casi calvo, incompleta dentadura, y con cuatrocientos veinte dias de edad, pues solo cuenta catorce meses.

¡Catorce meses! ¡vaya una edad para dar posicion á cualquier persona!

A tan natural exclamacion contestaré, que el Señor Litin, como han dado en llamarle, es el Benjamin de la casa, y por esta circunstancia se respetan, cumplen y aplauden hasta sus mas raros caprichos. Verdad es que merece eso y mucho mas el pequeño Manolito, hermano de los otros niños, á quien éstos llaman Litin, abreviando el diminutivo de Manolitin, con que antes le nombraban, por que no obstante su corta edad, es tan mono y tan precoz, que entiende perfectísimamente cuantas preguntas se le hacen, contestándolas en un dialecto inteligible para todos, escepto para sus hermanos, que hacen reír á sus papás y á cuantos le escuchan.

—Oid, oid que gritos dá Litin, dice Margarita á sus hermanos.

—Déjale que alborote, así como así todo nos lo rompe, ¡es tan malol! contesta Elisa.

—Y es una verdad; acordaos de vuestra muñeca de cabellos rubios que pronto le quitó la peluca, dijo Juanito terciando en la conversacion, dejémosle que alborote que ya vendrá su nodriza á entretenerle.

Y continuaron su destructora obra, culpando al pobre Litin de averías sufridas en sus juguetes cuando el pequeño tenia forzosamente que ocupar su citada silla, porque sus piernecitas débiles aun no podían llevarle á adonde le llamaba la bulla y algazara de sus hermanos; ¡qué injustos eran para con el buen Litin! criticábanle mordazmente por si alguna vez habia perniquebrado á algun muñeco, olvidando que ellos estaban haciendo lo propio, con la diferencia que lo hacian intencionadamente.

Pero el personaje de los catorce meses gritaba tanto y tanto, que los aturdió, sin impedir por esta causa que Elisa arrancase el brazo á un muñeco, complaciéndose despues en vaciar el salvado que contenia aquel regordete miembro.

—Vé y tómallo, dijo por fin compadecida Elisa á su hermana. Tú eres mas mayor y puedes traerlo en brazos, ¡pobre Litin! ¡oyes? ya llora.

—No voy, contestó Margarita, recuerdo que el otro dia estuvo en un tris que me cayese al tomarlo, y mamá me reprendió duramente.

—Sigamos jugando, dijo Juanito; al amigo Litin, ya cuidará de consolarlo su nodriza.

El chiquitín calló á poco rato, y no volvió á oírse, y sus hermanos, sin poderse explicar aquel silencio, pues el niño continuaba solo, siguieron la comenzada obra.

Ya no quedaba títere con cabeza, como se dice vulgarmente, cuando le sorprendió la visita de un caballero que, vistiendo una larga blusa, cubriendo sus pocos cabellos con una chichonera, y tambaleándose adelantó hácia ellos, tendiendo sus manecitas como demandándoles auxilio para no caer al suelo.

Sus hermanos quedáronse mudos é inmóviles, despues se rehicieron, y la alegría se dibujó en sus angelicales rostros, demostrándola por medio de desaforados gritos.

—¡Mamá, mamá! gritaba Margarita, ya anda Litin.

—Mamá, venga V. pronto, pronto, y verá á Manolito.

—¡Qué va á caer! decia Juanito.

Y entretanto, Litin, aturdido por la algarabía que su presencia habia producido, perdió el equilibrio que en vano quiso guardar con sus bracitos que le servían de balacín, y dió en el suelo, quedándose sentado en el momento que sus papás entraban en la habitacion acompañados de la nodriza, que presurosa acudió, creyendo que habia ocurrido alguna desgracia al niño.

La alegría de los padres fué indescriptible cuando vieron á su Benjamin levantarse y comenzar de nuevo su dificultosa marcha, que la fué á terminar en los brazos de aquellos.

Los primeros pasos que anduvo el niño jamás se olvidaron, pues muchas veces, cuando ya todos eran mayores, recordaban con complacencia, que la primera visita del Señor Litin habia sido para sus hermanos.

Roberto Iranzo Palavicino.

EL FÍSICO Y EL RAYO.

Fábula.

Desde un observatorio contemplaba
La tempestad un físico profundo,
Y al mortífero rayo preguntaba:
«¿Por qué destruyes sin conciencia al mundo?»
—«¡Ah! contestóle el rayo, no replico;
Ciertamente que hiero á los mortales,
Mas la atmósfera limpio y purifico,
Y se libran por mí de muchos males.»
«Si eso es verdad, el físico repuso,
Ya que tu mal joh, rayo! un bien devenga,
Digo á la par que mi ignorancia acuso:
No hay mal alguno que por bien no venga.»

Constantino Lombart.

VARIEDADES.

La obediencia es una perla peregrina. Sin ella no es posible entrar en los espléndidos alcázares de la inmortalidad.

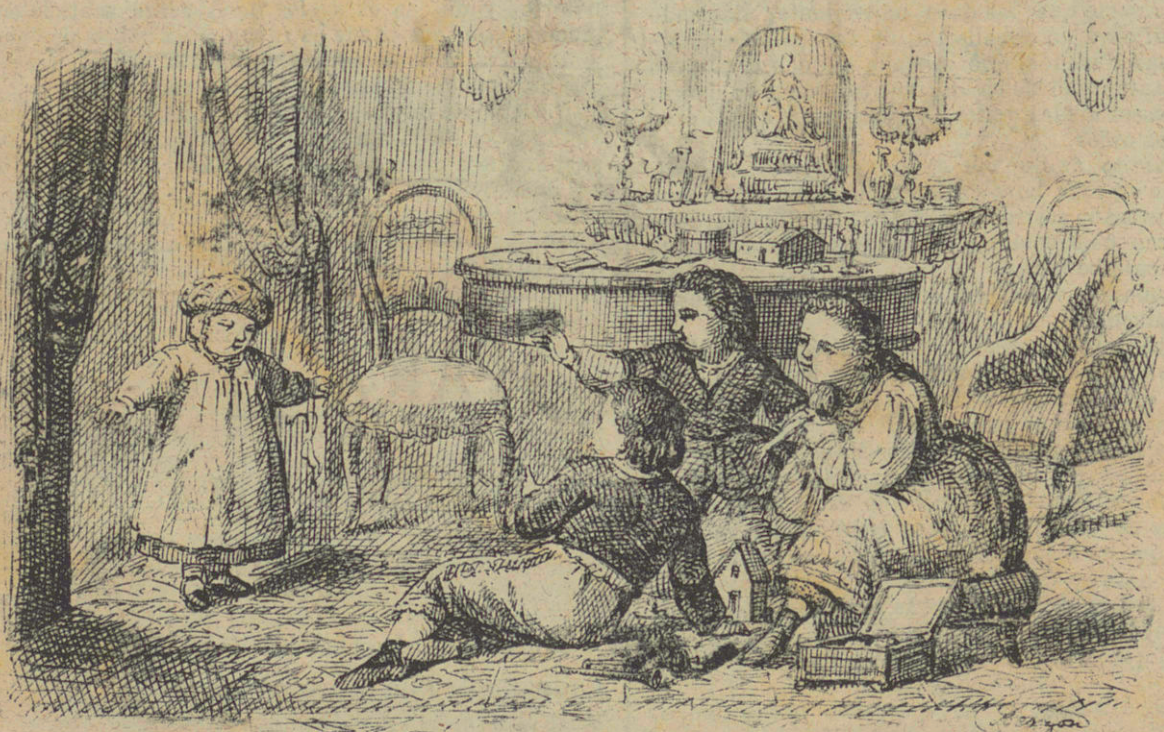
Hay una princesa tan bella y arrebatadora, que sus vestiduras aparecen exornadas con los benéficos resplandores del paraíso. Esta princesa es la fé cristiana.

CONTESTACIONES A LAS PREGUNTAS INSERTAS EN EL
NÚMERO 25.

A la de geografía.—El *Volga*, que tiene su nacimiento en el monte Valdai, en el imperio ruso, y desemboca junto la populosa ciudad de Astracon.

REGALO SEMESTRAL.

A presencia del ilustre censor de nuestra publicacion, D. Fernando Nuñez Robres, suscriptor; D. Salvador María de Fábregues, colaborador, y nuestro director, tuvo lugar el sorteo del juguete, habiendo favorecido la suerte al señor conde de Zanoni, que ha optado por la caja que contenia el juego de ballesta. Para el siguiente sorteo que se verificará el 16 de Julio próximo, tenemos encargados unos preciosos juguetes á los Sres. Janini y compañía, dueños del *Gran Bazar Valenciano*.



tendiendo sus manecitas como demandándales auxilio

A la de historia.—La batalla naval de Lepanto que tuvo lugar en el golfo del mismo nombre entre la armada de la Liga que mandaba D. Juan de Austria y la mahometana que capitaneaba Selim II.

En conmemoracion de tan insigne hecho de armas y por la proteccion que dispensó la Virgen á los navíos católicos en dicho día, se estableció la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. En esta batalla perdió un brazo el príncipe de la literatura patria Miguel de Cervantes Saavedra.

Estas preguntas han sido contestadas por los suscriptores D. Luis Morote y Greus, D. Manuel Pons, D. Casimiro Chavarrí, D. Joaquin Dempere, D. Aureliano Morote y Greus, D. F. Navarro y J. Solá.

Julianito García.

La ociosidad ha-ce
to-das las e-ta-pas del
vicio y sue-le ter-mi-
nar-las en presidio.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

IMPRESA DE JOSÉ M. AYOLDI, CABILLEROS, 7.